

descalabros, preferible le era correr con los romanos, todas las peripecias de la fortuna, que quedarse solo, y reducido á la alternativa, ó de reconocer la soberanía de Antioco, ó de quedar sometido por la fuerza de las armas si se negaba. Por esta razón desplegaba toda su influencia y destreza para decidir á los romanos á la guerra.

Sulpicio, que se encontraba enfermo, quedó en Pérgamo; y Vilio, enterado de que Antioco se ocupaba de la expedición á Pisidia, marchó á Éfeso, dedicando los pocos días que pasó en esta ciudad á frecuentes entrevistas con Anníbal, que se encontraba entonces en ella. Quería sondear sus intenciones si era posible, y persuadirle de que nada tenía que temer de los romanos; pero las conferencias no tuvieron resultado, aunque produjeron el natural efecto, que pudo creerse preparado por el talento de Vilio, de disminuir la influencia de Anníbal con el rey y hacerle sospechoso en todo. Dice el historiador Claudio, fundándose en las memorias griegas de Acilio, que el Africano formaba parte de aquella legación y que conferenció con Anníbal en Éfeso; llegando á referir en estos términos una entrevista: «Habiéndole preguntado Escipión á quién consideraba como el general más grande, contestó el cartaginés que al rey de Macedonia, Alejandro, que, con un puñado de valientes, derrotó numerosos ejércitos y recorrió comarcas donde jamás había esperado penetrar el hombre.» Preguntándole en seguida á quién colocaba en segundo lugar, contestó: «A Pirro, que fué el primero en enseñar el arte de los campamentos. Nadie supo elegir sus posiciones ni colocar sus tropas con más habilidad. Poseía además en tan alto grado el arte de ganarse las voluntades, que los pueblos italianos hubiesen preferido el dominio de aquel príncipe extranjero al de los romanos, que desde tanto tiempo mandaban como señores

en Italia.» «Y el tercero?» siguió preguntando. «Yo,» contestó sin vacilar Anníbal. Entonces lanzó la carejada Escipión, y añadió: «¿Qué dirías si me hubieses vencido?» «En ese caso me consideraría superior á Alejandro, á Pirro y á todos los demás generales.» Escipión agradeció la lisonja que encerraba aquella contestación inesperada, tan conforme con el carácter cartaginés, porque le señalaba puesto especial entre los generales, como si no tuviese igual.

Vilio avanzó desde Éfeso hasta Apamea, adonde acudió Antioco en cuanto se enteró de la llegada de los legados romanos. En la entrevista que tuvieron renovaron casi el mismo debate que medió en Roma entre Quinto y los legados del rey. Las conferencias quedaron rotas por la muerte del joven Antioco, á quien su padre acababa de enviar á Siria, como ya se dijo. Motivo fué este de profundo luto para la corte, que deploró mucho la pérdida del joven príncipe, que se había dado á conocer tan ventajosamente que se podía esperar de él, si hubiese vivido más tiempo, un gran rey amigo de la justicia. El amor y adhesión que le tenían, hicieron concebir sospechas acerca de su muerte; creyéndose generalmente que, so pretexto de que estaba impaciente por suceder á su anciano padre, Antioco le había hecho envenenar por medio de los eunucos, seres despreciables que penetran en el favor de los reyes y se hacen instrumentos de esta clase de ejecuciones. Otra causa se atribuía á aquel misterioso crimen: que el rey, que acababa de abandonar Lisimaquia á su hijo Seleuco, no tenía otra ciudad de igual importancia donde poder relegar á Antioco, alejado en honroso destierro. Sin embargo, la corte dió durante muchos días el espectáculo de profundo dolor, y el legado romano, para evitar que su presencia pareciese inoportuna en tal momento, se retiró á Pérgamo. El rey, renunciando á la

expedición que había emprendido, regresó á Efeso, se encerró en su palacio durante los días del luto, y discutió muchos planes secretos con un tal Minión, su principal confidente. Este cortesano, completamente extraño á los asuntos exteriores, medía el poder de su señor por los triunfos que había conseguido en Siria ó en Asia; convencido estaba de que Antioco, superior ya por la bondad de su causa á los romanos, que solamente exponían injustas pretensiones, conseguiría también la ventaja en la guerra. Viendo, pues, que el rey evitaba discutir con los legados del Senado, bien porque anteriormente no había tenido éxito, bien por el reciente pesar que le agobiaba, alardeando de defender victoriosamente sus intereses, le aconsejó que llamase á Pérgamo los legados romanos.

Habíase restablecido Sulpicio, y marchó con su colega á Efeso. El rey se excusó por medio de Minión, y, á pesar de su ausencia, entraron en negociaciones. Minión había preparado su discurso: «Romanos, dijo, exponéis un motivo noble, la libertad de las ciudades de la Grecia, bien lo sé; pero vuestra conducta no concuerda con vuestras palabras. Habéis impuesto á Antioco condiciones diferentes de las que vosotros observáis. ¿Son más griegas Smirna y Lampsaco que Nápoles, Reggio y Tarento, que habéis sometido á tributo y os suministran naves, según lo convenido en tratados? ¿Por qué enviáis todos los años á Siracusa y demás ciudades griegas de la Sicilia un pretor con mando militar, con las hachas y los haces? Lo único que podréis decir es que las habéis sometido por la fuerza de las armas y les habéis impuesto condiciones. La misma contestación puede daros Antioco con relación á Smirna, Lampsaco y ciudades de la Jonia y de la Eólida. Sus antepasados las vencieron y sujetaron á tributo, y él reivindica sus antiguos derechos. Dignaos contestarle, si este

debate es de buena fe y si no se busca un pretexto para la guerra.» Sulpicio contestó: «Puesto que Antioco no tiene cosa mejor que decir, al menos ha mostrado pudor presentando las observaciones por medio de otro. ¿Existe en efecto algo semejante entre las ciudades que acabas de citar? Reggio, Nápoles y Tarento, desde su sumisión, no han cesado de reconocer nuestro derecho sobre ellas; estos derechos siempre han sido los mismos; los hemos ejercitado siempre sin interrupción, y solamente les pedimos lo que nos deben según los tratados. Jamás han intentado, ni por sí mismas, ni por ninguna nación extraña, cambiar su situación. ¿Podéis decir lo mismo de las ciudades de Asia? Desde que cayeron en manos de los antepasados de Antioco, ¿han permanecido constantemente bajo la dependencia de vuestro reino? ¿No han pertenecido unas á Filipo, otras á Ptolomeo, y otras, en fin, no han gozado durante muchos años de una libertad que nadie les negaba? Si por que circunstancias desgraciadas les obligaron en otro tiempo á caer bajo el yugo, os creéis después de tantos siglos con derecho á poseerlas, ¿qué hemos ganado con libertar la Grecia del dominio de Filipo? ¿No tendrán sus descendientes razón para reclamar Corinto, Calcis, Demetriades y toda la Tesalia? ¿Pero qué necesidad tengo de defender la causa de las ciudades asiáticas? Sus legados deben defenderla; el rey y nosotros les escucharemos.»

En seguida llamó á las legaciones de las ciudades. Eumeno había preparado su contestación según sus instrucciones, porque esperaba añadir á sus estados todo lo que se desmembrase del imperio de Antioco. El considerable número de diputados, las quejas que formularon, sus reclamaciones justas mezcladas con injustas pretensiones, trocaron la discusión en ruidosa disputa. Así, pues, los delegados romanos que no ha-

bían cedido sobre ningún punto ni conseguido nada, regresaron á Roma sin estar mejor enterados que cuando llegaron. Después de su marcha trató Antioco en un consejo la cuestión de la guerra: todos sus cortesanos tomaron á porfía altanero lenguaje, creyendo que cuanto más encarnizamiento mostrase contra los romanos, más lisonjeaban al rey. Los unos se alzaban contra la insolencia de las pretensiones de aquel pueblo que venía á dictar leyes al monarca más poderoso del Asia, como las había dictado á Nabis después de vencerle. «Y á Nabis, decían, todavía le han dejado su poder tiránico sobre su patria, esa patria que es Lacedemonia! ¡Y se sublevan ante la idea de que Antioco conserve bajo su poder Smirna y Lampsaco!» Según otros, «aquellas ciudades eran poco importantes y no merecían que tan gran monarca tomase las armas para conservarlas; pero la injusticia comenzaba siempre por usurpaciones pequeñas. ¿Creíase acaso que al comenzar los persas por pedir el agua y la tierra á los lacedemonios, necesitaban realmente un poco de tierra y de agua? La tentativa de los romanos acerca de aquellas dos ciudades, era un acto de igual naturaleza; en cuanto las demás ciudades viesan sacudir el yugo á aquellas dos, se declararían por el pueblo libertador; y hasta en el caso de que aquella libertad valiese para ellas menos que su dependencia, la esperanza del cambio ofrecería siempre más probabilidades que cualquier situación actual.»

Asistían á este consejo el acarnanio Alejandro, adicto en otro tiempo á Filipo y que acababa de abandonar su corte para unirse á la fortuna más brillante de Antioco. El conocimiento que se le suponía de la Grecia y sus consideraciones sobre la política de los romanos le había elevado tanto en el favor del rey, que se le admitía á las deliberaciones más secretas. Según su opinión, no

se trataba de saber si se haría la guerra ó no, sino dónde y cómo se haría. «El triunfo, decía, no lo encontraba dudoso, si el rey pasaba á Europa y establecía el teatro de la guerra en algún punto de Grecia. A su llegada encontraría á los etolios en armas; este pueblo, que habitaba el centro del país, era una vanguardia para su ejército decidida á arrostrar todos los peligros. En los dos extremos de la Grecia encontraría á Nabis, que del lado del Peloponeso promovería una sublevación general, reclamando Argos y todas las ciudades marítimas de que le habían despojado los romanos para encerrarle en las murallas de Lacedemonia, y Filipo que por el lado de la Macedonia tomaría las armas á la primera señal de guerra que oyese. Conocía su altivez, respondía de sus disposiciones: sabía que semejante á león cautivo en una jaula ó cargado de cadenas, abrigaba desde mucho tiempo en su pecho violento rencor. No había olvidado que durante su lucha con los romanos, no cesó de pedir á todos los dioses el auxilio de Antioco. Si ahora se escuchaba este deseo, no vacilaría un momento en declararse. Lo esencial era no perder el tiempo en funestas dilaciones. La victoria era segura, si se apresuraban á ocupar las posiciones ventajosas y ganarse aliados. Era necesario también enviar en seguida Anníbal á África para distraer por aquel lado á los romanos.»

No había sido admitido Anníbal al consejo, porque sus entrevistas con Vilió le habían hecho sospechoso al rey, que desde aquel momento no le tuvo ninguna consideración. Al principio soportó aquel afrentoso silencio; pero en seguida, creyendo que era mejor conocer la causa de aquella repentina desgracia y justificarse, aprovechó ocasión favorable y preguntó ingenuamente al rey la causa de su enojo. Enterado de ella, le contestó: «Antioco, era yo muy niño, cuando mi padre Hamílcar,

ofreciendo un sacrificio, me hizo llegar al altar y jurar que jamás sería amigo del pueblo romano. Por obedecer á aquel juramento he hecho la guerra durante treinta y seis años; aquel juramento es el que, á pesar de la paz, me ha arrojado de mi patria; aquel juramento es el que me ha traído proscrito á tu corte, y por serle fiel, si desvaneces mi esperanza recorreré el mundo entero, iré á todas partes donde pueda encontrar soldados y armas y suscitar enemigos á los romanos. Si, pues, algún cortesano tuyo piensa elevarse acusándome, que busque otro medio de adularle á expensas mías. Odio á los romanos y ellos me odian. Hamílcar y los dioses son testigos de la verdad de mis palabras. Así, pues, cuando pienses hacer la guerra á los romanos, coloca á Aníbal á la cabeza de tus amigos. Si algún motivo te impulsa á la paz, aconséjate de otro.» Este lenguaje impresionó al rey, que devolvió su favor á Aníbal. El consejo se disolvió después de acordar la guerra.

En Roma se hablaba de las disposiciones hostiles de Antioco; y aunque todavía no se preparaba nada, los ánimos estaban excitados. Los dos cónsules recibieron por provincia la Italia, debiendo ponerse de acuerdo ó sortearse para saber cuál presidiría los comicios aquel año. El que no tuviese este cargo, debería estar preparado para llevar en caso necesario su ejército fuera de Italia. Autorizóse á este último para que levantase dos legiones nuevas, y entre los aliados del nombre latino veinte mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Su colega recibió las dos legiones que el cónsul L. Cornelio había mandado el año anterior, con los quince mil aliados latinos y los quinientos jinetes que habían formado parte del mismo ejército. Prorrogóse á L. Minucio el mando de las tropas con que ocupaba la Liguria, y se dispuso también para completarlas una leva de cuatro mil hombres de infantería romana y cien-

to cincuenta caballos: á los aliados se exigieron cinco mil infantes y doscientos cincuenta caballos. La suerte designó á Cn. Domicio para marchar fuera de Italia, donde el Senado juzgase conveniente enviarle; L. Quincio para pasar á la Galia y celebrar los comicios. En seguida sortearon las provincias los pretores: M. Fulvio Centumalo obtuvo la jurisdicción urbana; L. Scribonio Libón, la de los extranjeros; L. Valerio Tappo, la Sicilia; Q. Salonio Sarra, la Cerdeña; M. Bebio Tamfilo, la España citerior, y A. Atilio Serrano, la ulterior. Pero estos dos últimos recibieron otro destino en virtud de un senatus-consulto confirmado por un plebiscito. Atilio quedó encargado del mando de la flota y de la Macedonia y Bebio fué enviado al Brucio. A Flamínio y Fulvio se prorrogó el mando en España. Bebio Tamfilo debía recibir las dos legiones que se levantaron para la ciudad el año anterior y pedir á los aliados quince mil hombres de infantería y quinientos caballos. Atilio recibió orden para que hiciese construir treinta quinqueremes, elegir las naves viejas que creyese convenientes para navegar y alistar las tripulaciones, y se invitó á los cónsules para que le suministrasen dos mil aliados del nombre latino y mil infantes romanos. Estos dos pretores y estos dos ejércitos de tierra y mar estaban destinados, según se decía, á combatir á Nabis, que atacaba ya abiertamente á los aliados del pueblo romano. Por lo demás, esperábase el regreso de la legación enviada á la corte de Antioco, y el Senado había prohibido por este motivo al cónsul Cn. Domicio que se alejase de la ciudad.

Los pretores Fulvio y Scribonio, encargados de administrar justicia en Roma, recibieron el encargo de hacer equipar cien quinqueremes, independientemente de la flota que debía mandar Atilio. Antes de la marcha del cónsul y del pretor para su provincia, se ce-

lebró un día de rogativas con ocasión de algunos prodigios. Súpose que en el Piceno había parido una cabra seis cabritos de una sola vez; en Arrecio había nacido un niño con un solo brazo; en Amiterno había caído una lluvia de tierra; en Formio había caído el rayo en una puerta de la ciudad; y lo que asombraba más, un buey del cónsul Cn. Domicio había pronunciado estas palabras: «¡Roma, ten cuidado!» Hiciéronse rogativas para expiar estos prodigios, y con relación al último, decretaron los arúspices solamente que se guardase el buey y se le alimentase bien. Una avenida del Tíber, más desastrosa que la del año anterior, destruyó dos puentes y muchos edificios, especialmente en las cercanías de la puerta Flumentana. Un peñasco enorme, desprendido del Capitolio por causa de las lluvias ó por algún terremoto demasiado débil para que pudiese notarse en otros parajes, rodó hasta la calle Yugaria y aplastó considerable número de personas. En muchos puntos quedó inundada la campiña, siendo arrastrados los ganados y quedando destruidas las granjas. Antes de la llegada del cónsul L. Quincio á su provincia, Q. Minucio trabó batalla con los ligurios en el territorio de Pisa, les mató nueve mil hombres y les obligó á refugiarse en su campamento. Atacóles y se defendieron vigorosamente hasta el obscurecer, pero durante la noche decamparon en silencio. Al amanecer encontraron los romanos desierto el campamento; se apoderaron de él, encontrando muy poco botín, porque los ligurios enviaban á sus caseríos los despojos de los campos á medida que los arrebataban. Minucio, sin darles punto de reposo, pasó del territorio de Pisa á Liguria, entrando á sangre y fuego sus plazas fuertes y pueblos, encontró el botín que aquellos depredadores habían arrebatado á los etruscos, y lo entregó á su ejército.

Por este mismo tiempo regresaron á Roma los lega-

dos enviados á los reyes, declarando que no había motivo apremiante para hacer la guerra, á no ser contra el tirano de Lacedemonia; legados aqueos acababan de dar cuenta también de los hechos realizados por Nabis, con desprecio del tratado, en la costa de Laconia; por lo que se envió á Grecia al prefecto Atilio, al frente de la flota, para proteger á los aliados. En cuanto á los cónsules, recibieron orden de marchar los dos á sus provincias, puesto que, por entonces, nada había que temer de Antioco. Domicio partió de Ariminio y marchó por el camino más corto hacia las tierras de los boyos; Quincio llegó á ellas por la Liguria. Los ejércitos de los cónsules llevaron, cada uno por su lado, la devastación á todo el país; por cuya razón algunos jinetes primero, con sus prefectos, después el Senado en masa y al fin todos los que poseían caudal ó tenían honrosa posición, en número que pasaba de quinientos, se presentaron para someterse á los cónsules. También marcharon con prosperidad las cosas este año en las dos Españas. C. Flaminio, después de sitiarla, se apoderó de la plaza fuerte de Litabro, una de las más poderosas y mejor fortificadas de la comarca, haciendo prisionero al famoso reyezuelo Corribilón. Por su parte el procónsul M. Fulvio consiguió dos victorias contra dos ejércitos enemigos, tomó por asalto las dos plazas de Vescelia y de Holona, así como otras muchas fortificaciones, y recibió la sumisión voluntaria de algunas otras. En seguida entró en el territorio de los oretanos, se apoderó en él de dos ciudades, Noliba y Curibi, y continuó su marcha hasta el Tajo. Allí estaba situada Toledo, ciudad pequeña, pero en fuerte posición. Mientras la sitiaba, avanzó para socorrerla numeroso ejército de vectones; dióles batalla, alcanzó la victoria y puso á los vectones en derrota; á Toledo la tomó merced á las obras construídas en derredor de la plaza.

Pero menos preocupaban en aquel tiempo á los Padres conscriptos las dos guerras que se estaban sosteniendo, que aquella que amenazaba por parte de Antioco. Aunque de tiempo en tiempo hacían observar sus pasos por medio de legados, circulaban rumores temerarios, en los que se mezclaba lo verdadero con lo falso. Entre otras noticias, decíase que Antioco, en cuanto llegase á Etolia, haría pasar una flota á Sicilia. Así, pues, á pesar de la presencia del pretor Atilio y de su flota en Grecia, creyendo los Padres que no bastaban las tropas para conservar las buenas disposiciones de los aliados, que era necesario añadir la autoridad de los consejos, enviaron como legados á Grecia á T. Quincio, Cn. Octavio, Cn. Servilio y P. Vilio, y dispusieron también que M. Bebio avanzase con sus legiones del Brucio á Tarento y Brindis, con objeto de que estuviese más cerca para pasar á Macedonia si era necesario. El pretor M. Fulvio tuvo que enviar veinte naves para defender las costas de Sicilia. Habíase decidido que todas las prerrogativas del mando se darían al jefe de aquella flota, que fué L. Oppio Salinátor, uno de los ediles plebeyos del año anterior. Fulvio recibió también encargo de escribir á su colega L. Valerio «que era de temer pasase la flota de Antioco de Etolia á Sicilia; que por tanto, el Senado le mandaba reunir apresuradamente á las tropas puestas á sus órdenes una leva extraordinaria de doce mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, con objeto de proteger la costa de aquella provincia que daba frente á Grecia.» El pretor hizo la leva, tanto en Sicilia como en las islas inmediatas, y puso guarniciones en todas las plazas marítimas situadas del lado de la Grecia. La llegada de Atalo, hermano de Eumeno, dió ocasión á nuevos rumores. Éste anunció que Antioco había atravesado el Helesponto, al frente de un ejército, y que los etolios se preparaban para encon-

trarse armados á su llegada. Votáronse gracias á Eumeno en ausencia, y á Atalo presente; ofrecióse á éste una casa y todos los honores de la hospitalidad pública; regaláronle dos caballos y dos armaduras de caballero, vasos de plata hasta cien libras de peso y de oro hasta veinte. Habiéndose recibido sucesivamente varios mensajes anunciando que la guerra era inminente, consideróse necesario acelerar las elecciones consulares. Un senatus-consulta encargó al pretor M. Fulvio que escribiese inmediatamente al cónsul para informarle que el Senado le invitaba á entregar su provincia y su ejército á sus legados y á dirigirse á Roma, haciéndose preceder del edicto que fijase el día de los comicios. El cónsul obedeció á este mensaje, enviando el edicto y acudiendo á Roma. También fueron este año muy activas las solicitudes. Para el puesto que correspondía á su orden se presentaron tres patricios, siendo estos el hijo de Cneo, P. Cornelio Escipión, que había fracasado el año anterior, L. Cornelio Escipión y Cn. Manlio Vulso. Triunfó el primero, porque querían demostrar que antes habían querido aplazar que negar la concesión de este honor á varón tan eminente, y le dieron por colega plebeyo á M. Acilio Glabrión. Al siguiente día se eligió pretores á L. Emilio Paulo, M. Emilio Lépidio, M. Junio Bruto, A. Cornelio Mamula, C. Livio y L. Oppio: estos dos últimos llevaban el sobrenombre de Salinátor. Oppio era el que había llevado á Sicilia la flota de veinte naves. Mientras sorteaban sus provincias los nuevos magistrados, recibió orden M. Bebio de pasar de Brindis al Epiro, con todas sus fuerzas, y situarse cerca de Apolonia. El pretor urbano M. Fulvio quedó encargado de construir cincuenta quinqueremes. De esta manera se preparaba el pueblo romano contra los propósitos de Antioco. Nabis, por su parte, no

aplazaba ya la guerra, sino que estrechaba vivamente el sitio de Gycio por la parte del mar, y talaba los territorios de los aqueos para vengarse por los socorros que habían prestado á los habitantes de la ciudad. Los aqueos no se atrevieron á romper las hostilidades antes del regreso de los legados que habían enviado á Roma; pero en cuanto conocieron las intenciones del Senado, convocaron una asamblea general en Siciona y enviaron legados á T. Quinccio pidiéndole consejo. En el primer momento todos opinaron en la asamblea que se rompiesen en el acto las hostilidades; pero les detuvo una carta de Quinccio, aconsejándoles esperar al pretor y la flota romana. Algunos jefes de la liga persistieron en su opinión, y otros creyeron que debía adoptarse el consejo de Quinccio, puesto que se habían dirigido á él. Los demás aqueos esperaban la opinión de Filopemeno, que era pretor entonces, varón muy respetado y que poseía mucha experiencia. Éste observó primeramente que, siguiendo prudente costumbre establecida entre los aqueos, al someter el pretor á la asamblea un proyecto de guerra, no debía emitir su opinión. En seguida invitó á sus conciudadanos para que adoptasen cuanto antes una determinación, añadiendo que su pretor ejecutaría sus decretos con celo y fidelidad, y haría cuanto es dado á la prudencia humana para que no tuviesen que lamentar ni la paz ni la guerra. Estas breves palabras impresionaron más los ánimos que una exhortación directa en la que se hubiese revelado el deseo de mandar. Decidióse, pues, la guerra, casi por unanimidad, y dejaron al pretor libertad para fijar la época y dirigir las operaciones. Filopemeno pensaba, como Quinccio, que debía esperarse la flota romana que podría proteger á Gycio por el lado del mar; pero temía comprometer, con imprudente retraso la suerte de la ciudad, y al mismo tiempo la de la guarnición enviada

para socorrerla, y se hizo á la vela con la flota de los aqueos. Había aprestado el tirano, para impedir que los sitiados pudiesen recibir socorros por el mar, una flotilla de tres naves cubiertas, barcas y naves largas; porque, en conformidad con el tratado, había entregado su antigua flota á los romanos. Queriendo probar la ligereza de sus nuevas naves, y mantenerlas dispuestas en caso necesario para el combate, salía diariamente á la alta mar para ejercitar remeros y soldados con simulacros de batalla naval, comprendiendo que el resultado del sitio dependía del cuidado con que impidiese todo socorro marítimo. El pretor de los aqueos, que en tierra igualaba en habilidad y experiencia á los capitanes más famosos, no tenía ningún conocimiento marítimo. Nacido en Arcadia, en medio de las tierras, no había visitado más países extranjeros que la Creta, donde había servido como jefe de un cuerpo auxiliar. Conservaban en Egio una cuadrireme antigua, cogida ochenta años antes en el trayecto de Naupacta á Corinto, adonde llevaba á Nicea, esposa de Crateres. La fama de aquella nave que había ocupado puesto distinguido en la flota real, decidió á Filopemeno á pedirla aunque estaba apollillada y resquebrajada por la vejez. Esta fué la nave pretoriana, que llevaba á Tisón Patrense, que mandaba la flota, yendo á la cabeza, cuando encontró la flota lacedemonia que venía de Gycio. Al primer choque, la nave vieja, que naturalmente hacía agua por todas partes, empujada por otra nueva y fuerte, quedó destrozada y prisionera toda la tripulación. Después de la pérdida de la nave pretoriana, las demás huyeron á fuerza de remo. El mismo Filopemeno escapó en una barca exploradora, no deteniéndose hasta Patras. Este descalabro no desanimó á un hombre acostumbrado como él á las numerosas peripecias de la guerra. El mal éxito

que había tenido en un elemento que no conocía, fué mayor motivo para que esperase la victoria en los combates en que tenía experiencia, asegurando que sabría abreviar el regocijo del tirano.

Enorgullecido Nabis con aquella ventaja y convencido de que en adelante nada tenía que temer por el lado del mar, quiso cerrar también los pasos por tierra mediante hábiles disposiciones. Abandonó, pues, el sitio de Gycio, con la tercera parte de sus tropas, y marchó á situarse cerca de Pleyas. Esta plaza domina á Leucas y Acrias, por donde esperaba ver desembocar á sus enemigos. El campamento de Nabis, exceptuando corto número de tiendas, lo componían generalmente chozas hechas con ramaje y cubiertas con nojarasca, solamente para resguardarse del sol. Filopemeno, antes de presentarse frente al tirano, resolvió sorprenderle con un ataque que no podía prever. Para ello reunió en una bahía poco conocida del territorio de Argos numerosas barquillas, en las que colocó tropas ligeras, armadas casi todas con la cetra, hondas, venablos y armas igualmente ligeras. En seguida, siguiendo la costa, desembarcó á la altura de un promontorio inmediato al campamento enemigo, llegó por la noche hasta Pleyas por senderos que conocía, y aprovechando el sueño de los centinelas, que no creían les amenazase ningún peligro inminente, incendió las chozas del campamento por todas partes á la vez. Muchos perecieron entre las llamas sin haber sospechado la llegada de los aqueos y sin que pudiesen socorrerlos los que se habían enterado. Todo fué incendiado ó pasado á cuchillo; sin embargo, algunos soldados, escapando del doble peligro, se refugiaron bajo las murallas de Gycio, en el campamento principal. Filopemeno, habiendo aterrado de esta manera al enemigo, marchó en seguida á talar la comarca de Trípoli, en Laconia, en los confines del terri-

torio de Megalópolis, arrebatando allí muchos ganados, haciendo considerable número de prisioneros, y alejándose antes de que el tirano destacase tropas de su campamento de Gycio para defender la comarca. En seguida reunió sus tropas en Tegeo, convocó allí á los aqueos y á sus aliados para una asamblea, á la que asistieron también los ciudadanos más notables del Epiro y de la Acarnania, y declaró que, creyendo haber levantado bastante el ánimo de los suyos, vengando la humillación de la derrota marítima, y difundido el terror entre los enemigos, iba á marchar contra Lacedemonia, convencido de que era el único medio de hacer levantar el sitio de Gycio. El primer día acampó en Caryas, en el territorio enemigo, en el momento mismo en que tomaban á Gycio. Filopemeno, que ignoraba este acontecimiento, llevó adelante su campamento, al pie del monte Barbostenes, á diez millas de Lacedemonia. Nabis, por su parte, habiendo recobrado á Gycio, se puso en camino con sus tropas ligeras, y pasando de Lacedemonia por medio de rápida marcha, fué á ocupar el campamento llamado de Pirro, persuadido de que los aqueos querían ocupar aquella posición, y desde allí avanzó á su encuentro. No pudiendo desarrollarse la columna enemiga, porque los caminos eran muy estrechos, se extendía en un espacio de cerca de cinco millas. Formaban la retaguardia la caballería y principalmente una parte de los auxiliares; porque Filopemeno había creído que el tirano le atacaría por la espalda con sus mercenarios, que eran los soldados en que más confiaba. Dos contratiempos imprevistos trastornaban sus planes: en primer lugar encontraba al enemigo dueño de la posición que quería ocupar; en segundo lugar veíase amenazada la cabeza de su columna, en un camino pedregoso donde parecía imposible hacer ningún movimiento sin el socorro de las tropas ligeras.



Tenia especial ingenio Filopemeno para dirigir una marcha y elegir posiciones ventajosas; siendo aquella habilidad resultado de muchas meditaciones, tanto en tiempo de paz como de guerra. Cuando se encontraba en marcha y llegaba á un paso difícil, miraba á todos lados para examinar la naturaleza del terreno, y si estaba solo, consultaba consigo mismo, si acompañado, interrogaba á los de la comitiva. «En el caso en que se presentase el enemigo, les decía, y les atacase de frente, por la derecha ó la izquierda ó por la espalda, ¿qué disposiciones habría que tomar? Podría presentarse formado en batalla; podría también no haber formado sus líneas y encontrarse en la confusión de la marcha.» Consultándose ó haciendo preguntas, determinaba de antemano la posición que tomaría, y sobre todo el número de soldados, porque daba mucha importancia al género de armas que emplearía; el punto que debían ocupar los bagajes, las bestias de carga y todo lo que no iba armado, y la fuerza y composición del destacamento que quedaría á su cuidado. Decidía si sería mejor seguir adelante ó retroceder; dónde emplazaría el campamento, qué extensión daría á sus empalizadas, dónde encontraría agua abundante, leña y víveres, qué camino le ofrecería más seguridad al día siguiente cuando continuase la marcha, y en fin, cómo ordenaría el ejército. De tal manera le habían ocupado estos estudios desde su juventud, que no había nada nuevo para él en achaque de maniobras militares. En aquella ocasión comenzó por hacer alto; en seguida mandó á los auxiliares cretenses y á los jinetes que llamaban tarentinos que avanzasen á la primera fila, llevando cada uno dos caballos: la caballería recibió orden de seguirles. Filopemeno marchó á colocarse sobre un peñasco, por encima de un torrente donde encontraría agua. Allí reunió todos los bagajes y los criados del ejército bajo la custodia de

un destacamento, atrincherándose cuanto permitía la naturaleza del terreno; siendo difícil levantar tiendas en medio de malezas y en suelo desigual. El enemigo se encontraba á quinientos pasos. Los dos bandos bajaron al torrente á hacer aguada, protegidos por sus tropas ligeras; pero á pesar de la proximidad de los dos campamentos, no habían llegado á las manos cuando sobrevino la noche. Era probable que á la mañana siguiente la misma necesidad diese lugar á un combate en las orillas del torrente; por lo cual Filopemeno aprovechó el tiempo para emboscar en el valle, oculto á los ojos del enemigo, el mayor número que pudo de cetratos.

En cuanto amaneció, las tropas ligeras de los cretenses y los jinetes tarentinos trabaron combate cerca del torrente. Mandaba los primeros su compatriota Telemuasto, y á los otros el megalopolitano Licortas. Por parte del enemigo también eran auxiliares cretenses y jinetes tarentinos los que sostenían á los soldados encargados de hacer aguada. La lucha se mantuvo indecisa por algún tiempo; por una y otra parte los combatientes tenían el mismo origen é iguales armas. Al fin consiguieron ventaja los auxiliares del tirano, porque su número era más considerable, y sobre todo, porque Filopemeno había recomendado á los suyos que emprendiesen la fuga después de corta resistencia, arrastrando al enemigo hasta la emboscada. En efecto, éstos se lanzaron al valle en persecución de los fugitivos sin conservar orden alguno, y la mayor parte quedaron muertos ó heridos antes de ver la fuerza que se mantenía oculta. En cuanto permitía la anchura del valle, los aqueos habían dejado claros en sus filas para dar paso á los que debían huir. Mostráronse entonces aquellas tropas frescas é intactas, cayeron en buen orden sobre enemigos desbandados, dispersos, extenuados por la fatiga y llenos de heridas. La victoria no fué dudosa. Los soldados del ti-